

No Abandonemos la Educación

Por Edgardo Zablotzky, Rector de la Universidad del CEMA y Miembro de la Academia Nacional de Educación

Centro de Estudios de la Educación Argentina, Universidad Belgrano, Informe Año 11. N. 112, Abril-Mayo, 2022.

A mediados de marzo los acampes en la avenida 9 de julio convirtieron el tránsito en un verdadero caos. Es claro que los cortes de calles generan importantes costos a quienes deben atravesarlos pero, en la locura cotidiana en la que nos hemos acostumbrado a vivir, pasa desapercibido un hecho mucho más costoso: en toda manifestación, o específicamente en los acampes, encontramos niños acompañando a sus padres.

Los niños tienen el derecho a ser educados, sus padres la obligación de respetarlo y, por supuesto, el Estado debería tener el poder de policía para que así sea. ¿Eso sucede? Bien sabemos que no. ¿Qué futuro le espera a un niño que, en lugar de concurrir a la escuela, participa junto a sus padres de un acampe, de una manifestación, o del tipo de movilización que Ud. pueda imaginarse?

Es claro que muchas cosas están muy mal en nuestro país, pero si no salvamos a nuestros niños y a nuestros jóvenes la Argentina no tendrá futuro. Estamos hablando de un país donde al menos ocho provincias decidieron flexibilizar las condiciones para que los alumnos pasen de año, imponiendo cambios en las normativas con el objetivo de facilitar la promoción al siguiente curso en la secundaria.

A modo de ilustración veamos el caso más extremo, Santa Cruz, en donde, sencillamente, el gobierno decidió que en la escuela secundaria todos los alumnos promocionen el año, aún si no hubiesen aprobado ninguna materia.

El gobierno de la provincia argumentó que “es necesario considerar a los/as estudiantes, como sujetos en proceso de formación permanente, atravesados por las condiciones heterogéneas en los que sus aprendizajes han tenido lugar”, admitiendo, de hecho, el costo sufrido por estudiantes durante la interrupción de las clases presenciales en virtud de la pandemia.

Como bien señala Guillermina Tiramonti, en una nota en Clarín del 2 de marzo pasado: “En el caso de Santa Cruz, hay un abandono total de la educación. No ha habido preocupación de evaluar adecuadamente a los chicos, y para aquellos que no pudieron lograr el 70 por ciento de los aprendizajes establecer alternativas. Lo malo no es que los chicos no repiten, lo malo es que no aprenden e igual la escuela los promueve, sin proporcionarles los saberes básicos de la cultura. Y creo que en el caso de Santa Cruz la situación es extrema”.

¿Cómo no pensar en que muchos de estos jóvenes que hoy están en la escuela secundaria son los mismos chicos que cuando cursaban la primaria, en el año 2017, fueron víctimas del paro docente de mayor duración en la historia reciente de nuestro país? En ese entonces, el ciclo lectivo recién comenzó en agosto, luego de 118 días sin clases.

Por supuesto, el gobierno provincial anunció un nuevo calendario con el objetivo de salvar, por así decirlo, el ciclo lectivo 2017. Dicho calendario indicaba que las clases debían comenzar el 14 de agosto, sumándose los sábados y extendiéndose hasta el 31 de marzo de 2018. El receso de verano se reduciría tan sólo al mes de enero y luego, durante el ciclo lectivo 2018, se continuaría dictando clases los sábados. De cumplirse lo pautado el ciclo 2017 hubiese contado con 160 días y el 2018 con 207 días de clases. Mejor imposible, ¿pero alguien puede pensar que ello sucedió? ¿207 días de clase en 2018? Sencillamente una fantasía de nuestro imaginario para no sentirnos tan mal.

En la práctica, más de 70 mil estudiantes perdieron el año o lo aprobaron engañándonos a nosotros mismos, pues es imposible desarrollar adecuadamente los

contenidos sin extender significativamente el año lectivo en los hechos, no solamente en los decretos.

¿Cuántos de estos jóvenes, mostrando una resiliencia fuera de lo común, luego de aquel larguísimo paro docente y los dos años de pandemia, terminarán su educación obligatoria e ingresarán a la universidad, dado que la ley 27.204 establece el denominado ingreso irrestricto? ¿Con qué capital humano es pensable que lo harán?

Es bien sabido que en la Argentina es habitual ingresar a nuestras universidades con escasa preparación y sin esfuerzo alguno. Por supuesto, el fracaso es previsible. Para muestra basta un botón. Nuestro país tiene muchos más estudiantes universitarios que México, Colombia, Chile y Brasil, pero muchos menos graduados debido a la gran deserción.

La educación argentina se encontraba en crisis antes de estallar la pandemia. Las evaluaciones internacionales PISA y las pruebas Aprender, así lo demuestran. El largo cierre de las escuelas y el paso a la virtualidad, más allá de haber generado una importante deserción, de sobremanera en el nivel secundario, seguramente ha impactado fuertemente sobre el nivel de los conocimientos alcanzados, de sobremanera en los chicos de las familias más desfavorecidas económicamente.

¿No es mejor admitirlo que esconderlo bajo la alfombra y abandonar a los jóvenes a su suerte? ¿Cómo hacerlo? Si deseamos que los jóvenes de las familias de menores ingresos terminen el secundario, provistos de capital humano, es necesario generar salidas laborales al mismo: educación para el trabajo, tan simple como eso.

El sistema de educación dual alemán es una alternativa que merece ser considerada. En el mismo el estudiante pasa muchas horas de su tiempo adquiriendo experiencia laboral en empresas, antes de su graduación de la escuela secundaria. Conforme van pasando los años, el estudiante incrementa el tiempo en la empresa y reduce el tiempo en la escuela. El resultado de ello es que al graduarse se habrá de incorporar a la empresa no tan sólo con conocimientos técnicos específicos, sino también habiendo adquirido las habilidades sociales necesarias para desenvolverse exitosamente en dicho ámbito.

Una adaptación del sistema dual a nuestra realidad ayudaría, no tan sólo a motivar a muchos jóvenes a no abandonar el secundario, como viene sucediendo desde hace años en nuestro país, sino también a enfrentar la tremenda deserción que dejará la pandemia.

No abandonemos la educación. El sistema dual alemán es una mejor alternativa que pasar automáticamente a los jóvenes de año para que las estadísticas muestren que han terminado su educación obligatoria, a pesar de no estar provistos del capital humano requerido para proseguir exitosamente estudios universitarios o insertarse en el mundo laboral.